

vida de acción eclesial en unión con todos los órdenes de personas reunidos en un único movimiento y organismo...

«Una vez determinada la fisonomía de estos tipos de vida consagrada, se indicarán las normas comunes de las que su derecho propio habrá de tener en cuenta: constituciones y estructuras internas, dependencia de la autoridad eclesial, gobierno propio, admisión y formación de los candidatos, admisión a los compromisos y ulterior formación, obligaciones y derechos respectivos de los miembros, separación del grupo, tránsito a otro grupo, tiempo de reflexión fuera del grupo, libre salida del instituto, despido impuesto por el derecho o por el procedimiento común. Y finalmente: redacción, aprobación, ejecución y revisiones del derecho propio».

Los elementos que permiten esta renovación del derecho de la vida consagrada se encuentran presentes en el Código. «Viviéndolos, se afinan. De este modo el Código prepara un derecho nuevo que asegurará una mejor inserción de los carismas, en una plena fidelidad al Espíritu».

DOMINIQUE LE TOURNEAU

HISTORIA DEL DERECHO Y DE LA IGLESIA

Guy BEDOUELLE - Patrick LE GAL, *Le «divorce» du Roi Henry VIII. Etudes et documents*, Collection «Travaux d'humanisme et Renaissance», n. CCXXI, Librairie Droz, Genève 1987, 476 págs.

El tema del «divorcio» de Enrique VIII de Inglaterra despertó en su tiempo una atención extraordinaria, de la que fue partícipe no sólo aquel país sino puede decirse que toda Europa. Posteriormente, la bibliografía dedicada al caso no resulta menos variada y menos rica.

Los autores del presente volumen han sabido encontrar un campo en el que el estudio del problema adolece de una importante falta de conocimiento de las fuentes. Sobre el «divorcio» regio se pronunciaron muchas universidades europeas y no pocos teólogos y canonistas, particularmente en aquellas naciones -Italia, Francia, España, el Imperio- más ligadas a la cuestión por obvias razones políticas e ideológicas así como de vecindad, y en las que la vida intelectual era entonces más brillante. Y si bien la atención que dedicaron a la cuestión los centros del saber en Inglaterra ha atraído con mayor intensidad la atención de los estudiosos, no ha sucedido lo mismo con las aportaciones de las universidades y doctores continentales. Y en este terreno se han adentrado los autores del presente volumen, que viene a enriquecer notoriamente la bibliografía sobre asunto tan disputado.

El volumen resulta verdaderamente modélico. Su contenido responde a su subtítulo: *Etudes et documents*; los autores proponen en la *Introduction* que el subtítulo de la

obra debiera haber sido el de *La consultation des Universités et le débat parmi les théologiens*, que según ellos reflejaría con total precisión el contenido del libro; la razón de su excesiva longitud, que ellos mismos alegan para haberlo dejado de lado, puede justificarse, pero en efecto tal denominación resulta adecuadísima a lo que el volumen es. Se trata de una obra colectiva, llevada a cabo a lo largo de varios años por una decena de colaboradores -profesores y alumnos- pertenecientes a la Facultad de Teología de la Universidad de Friburgo (Suiza) con el añadido de un único especialista ajeno a la misma, el Prof. von Gunten, de la Universidad de Santo Tomás de Aquino de Roma.

El libro, tras la breve *Introduction*, aparece dividido en tres partes. La I se titula *La «grande affaire» du roi Henry VIII*, y contiene dos artículos: *Le déroulement historique* (G. Bedouelle) y *Le cas canonique et le problème exégétique* (P. Le Gal). La II lleva como título *La consultation des Universités* y contiene siete apartados, referidos a los temas siguientes: *Le recours aux Universités et ses implications* (G. Bedouelle); *Oxford and Cambridge* (G.B. Skelly); *La Faculté de théologie de Paris* (E. Michelin); *La détermination de l'Université de Louvain* (P. Le Gal); *La position de Salamanque*; *L'Université de Marbourg* (Ch. Martin); *Les autres Universités*.

La Parte III se titula *Les opinions des docteurs*, y sus siete epígrafes tratan respectivamente del *Cardinal Cajetan* (G.B. Skelly); *Joannes Cochlaeus* (N. Guérin); *Barthélemy de Spina* (A.F. von Gunten); *François de Vitoria* (E. Michelin); *Les réformateurs protestants et le «divorce»* (G. Bedouelle); *Le milieu érasmien* (G. Bedouelle); *Répertoire bio-bibliographique*.

Hay que añadir a esto unos excelentes índices de abreviaturas y bibliografía esencial, de nombres de personas, de autores modernos, de impresores y libreros del siglo XVI, otro sobre las universidades y el divorcio, otro sobre los religiosos que se pronunciaron por escrito sobre el divorcio del rey, y otro de citas bíblicas. El libro comprende aún unas Conclusiones, bastante detalladas, y un muy clarificadora cronología de los años en que la cuestión del monarca inglés fue objeto de atención, desde que se plantea el matrimonio del príncipe Arturo hasta el fallecimiento del Enrique VIII, en 1547.

Resultaba ciertamente difícil ser original en el análisis de este tema; los autores del volumen, Guy Bedouelle y Patrick Le Gal (de este último ya he tenido ocasión de recensionar otra obra en las páginas de IUS CANONICUM), lo han conseguido. Para lograrlo, su plan ha sido el siguiente: reunir en dos estudios preliminares el aspecto histórico y el jurídico de la cuestión del divorcio del rey, de manera que el lector se haga una composición de lugar breve y muy clara y quede suficientemente informado de todos los términos de la cuestión; a este fin responde la parte I del volumen, *La «grande affaire» du roi Henry VIII*. Complemento de la misma es el primer artículo incluido en la segunda parte, en el que se informa al lector del por qué y cómo fueron consultadas las Universidades. Bastan tales epígrafes para que incluso el no especialista posea una información suficiente y disponga de un marco en el que se encuadra aquellos en que consiste realmente la aportación de la presente obra: los textos universitarios y de doctores particulares que en su día escribieron sobre la candente cuestión.

En el primer estudio, dedicado por Bedouelle, como hemos dicho, a *Le déroulement historique*, el autor emplea diez páginas para trazar somera y cuidadosamente el desarrollo histórico de los acontecimientos. Se refiere sucesivamente a las razones que movieron a Enrique VII, al concluir la Guerra de las Dos Rosas, a buscar la alianza con Castilla, estableciéndose el matrimonio entre el heredero de la corona inglesa, Arturo, y la hija menor de los Reyes Católicos, Catalina. Igualmente, resume Bedouelle en pocas líneas cuales eran en aquellos momentos las relaciones entre Inglaterra y la Santa Sede. Se analiza a continuación el hecho del prematuro fallecimiento del príncipe inglés, dándose cuenta de los sucesivos proyectos matrimoniales para la joven viuda: con su propio suegro, ya que Enrique VII también había enviudado -proyecto que no agradó a la reina Isabel de Castilla-, y finalmente con el nuevo heredero de Inglaterra, el futuro Enrique VIII.

Dedica el autor su atención a las negociaciones que condujeron a este matrimonio, y en particular al dato del impedimento de afinidad entre Catalina y Enrique y a la dispensa concedida por Julio II, que constituirán con el tiempo el punto central de las discusiones sobre la validez o no de estas nupcias. Recoge el estudio la protesta realizada por el nuevo príncipe de Gales -aún de catorce años- contra ese contrato matrimonial establecido sin su consentimiento, así como las circunstancias del enlace que finalmente se celebró ya fallecido Enrique VII y recién ascendido al trono Enrique VIII.

Analiza asimismo el autor los veinte primeros años del nuevo reinado, la política internacional de Enrique VIII y en especial sus reacciones frente al naciente luteranismo, que le llevaron a recibir de León X el título de *Defensor fidei*, que le señala como uno de los principales paladines del antiprotestantismo de la primera hora. Título que el rey mereció no sólo o no tanto por su actividad política, sino también por sus estudios que le acreditan como poseedor de una cultura teológica de un cierto nivel. Por otro lado, también deja anotado el autor que el matrimonio entre Catalina y Enrique no obtuvo, pese a los numerosos embarazos de la reina, otro hijo que María -futura reina de Inglaterra que ha pasado a la Historia como María Tudor o, entre sus enemigos, como María La Sanguinaria, título que debe más a sus errores y la inquina de los protestantes ingleses y de su hermana y sucesora Isabel que a su carácter o a sus propósitos-. La inclinación de Enrique VIII hacia su hijo varón bastardo Henry Fitzroy, en la misma época en que comienzan y se intensifican sus relaciones amorosas extramatrimoniales, muy en particular con Ana Bolena, hermana de Ana, son nuevos datos que van dibujando el contorno del plan del monarca para romper su matrimonio con la infanta española.

Hacia 1514, los propósitos de ruptura con Catalina por parte del rey empiezan a circular en las cancillerías europeas. Bedouelle dedica detenida atención al desarrollo de este proceso, del que deja sentadas las sucesivas etapas. Aunque 1514 fue la fecha de los primeros rumores sobre una posible ilegitimidad del matrimonio regio, sólo mucho más adelante (todavía en 1518 da a la luz la reina por última vez a un niño muerto) dará Enrique los primeros pasos para que se analice la validez de su matrimonio. En 1527 ya el rey mantiene una relación íntima con Ana Bolena, y por la misma fecha encarga a su canceller Wolsey que examine la validez de sus nupcias y trate de lograr documentos

que favorezcan un futura posible unión legal con la favorita. Se pedirá entonces a Clemente VII la dispensa para contraer matrimonio con Ana Bolena, dispensa condicionada a que se reconozca la nulidad de la unión con Catalina, y las sucesivas embajadas regias ante el Pontífice conducirán a la comisión concedida por éste a los cardenales Wolsey y Campeggio para que estudien en Londres la cuestión.

Se discutía la validez de la dispensa concedida por Julio II levantando el impedimento que vetaba el matrimonio de Enrique con la viuda de su hermano. La discusión giró inicialmente sobre si la dispensa había sido dada por el Papa de forma legítima, ya que existían diversas versiones de la misma, los textos inglés y español diferían, y existían versiones contradictorias sobre la consumación o no del matrimonio entre Catalina y Arturo. El tema jurídico se entremezclaba con la política internacional, pues desde hacía tiempo España e Inglaterra se mantenían aliadas en sus luchas contra Francia, y ahora el estrecho parentesco entre el Emperador y Rey de España, Carlos, y la reina Catalina, su tía carnal, ponía a Enrique VIII en dificultades en Europa; el juego de nuevas alianzas que de ahí nacerían complicó notoriamente la cuestión del matrimonio y su solución jurídica.

El Cardenal Campeggio procuró imparcialmente entrevistarse en Londres con todas las partes complicadas en el tema, mientras el Emperador y la propia Catalina instaban al Papa a que abocase la causa a Roma, convirtiendo en romano el proceso inglés, lo que a priori presentaba mayores posibilidades de objetividad.

Parece bastante seguro que la cuestión del divorcio (aunque tuviese raíces muy antiguas, tal y como ha quedado indicado al recordar que ya a sus catorce años había el rey Enrique protestado del matrimonio que se le imponía) fue sobre todo obra de Wolsey, que la hizo nacer primero en el ánimo del rey y luego en las negociaciones diplomáticas como un arma de su política internacional. Pero resultó un arma que hubo de volverse contra su autor: en 1529 ya decidió Enrique prescindir de los servicios de un canciller cuya política estaba fracasando -la amistad entre el emperador y Francia, que se quería impedir se establece a partir de la Paz de las Damas- y que por otra parte, siendo un cardenal de la Iglesia católica, no podía llevar la cuestión hasta las últimas consecuencias a que aspiraba la familia Bolena, sospechosa de simpatías por el protestantismo.

De que el rey no tenía en 1529 ninguna intención de romper con Roma, y de que confiaba en el buen éxito de las negociaciones en favor de la nulidad de la dispensa concedida por Julio II para autorizar su matrimonio, es buena prueba la elección del nombre del nuevo canciller: a sustituir a Wolsey en el primer puesto del reino después del rey fue llamado Tomás Moro. Sin embargo, el nuevo Parlamento entonces elegido comienza ya a votar las primeras medidas antieclesiásticas, y van por entonces también a surgir en el escenario los famosos «escrúpulos del rey», que daría un nuevo giro a todo el planteamiento de la controversia.

La expresión «escrúpulos del rey», que la corte inglesa manejó insistentemente, tendía sin duda a dotar de seriedad y virtud a la pretensión regia, dando a suponer que el monarca procedía por causa de dudas de conciencia sobre su propia situación moral, al haber contraído un matrimonio nulo, y que era su deseo salir de esa condición peca-

minosa si se comprobaba en efecto la nulidad y, por tanto, la ilegitimidad de su vida con Catalina. Secundariamente, la solución de sus escrúpulos vendría a ser la soltería del monarca y su libertad para contraer nupcias con Ana Bolena. Salta entonces al primer plano no ya el tema canónico -validez o no de la dispensa de Julio II a tenor de cómo fue dada- sino el exegético y teológico: el hecho de si el Papa tiene poder para dispensar, poder de que carecería en el caso de que el impedimento fuese de Derecho divino. La cuestión, como es obvio, cambia a partir de entonces de sentido. Para juzgar -escribe Bedouelle- la veracidad de los escrúpulos de conciencia del rey, conviene atender a toda la documentación de la época, a la que el autor une una carta de Fernando el Católico a su embajador en Londres, de fecha muy temprana (1509), de interesante contenido y no tenida en cuenta por los analistas hasta ahora. Y es también, según nos indica el propio autor, aquí donde cobrarán su importancia las consulta a los teólogos y a las universidades.

El estudio de Bedouelle viene seguido de otro de Le Gal, precisamente -como ha quedado indicado más arriba- sobre *Le cas canonique et le problème exégétique*.

En dieciocho páginas, Le Gal va a examinar tres cuestiones fundamentales: *La validité de la dispense*, es decir, la cuestión canónica con la que se inició la polémica: *Peut-on dispenser de l'empêchement d'affinité?*, es decir, el problema exegético, que sucedió al anterior y que convirtió un simple tema de una dispensa mal dada en una dispensa imposible, y una ligereza del Pontífice en una extralimitación de las facultades papales por encima del Derecho divino; y, en fin, *La bonne foi de Henry VIII*, un análisis de la conciencia del monarca y de las razones últimas que motivaron su actitud y su ruptura con la Iglesia católica.

Tanto Le Gal en este apartado, como Bedouelle en el precedente y ambos autores en la Introducción del volumen y en una nota sobre el empleo del término divorcio, añadida a tal introducción, han procurado y conseguido dos objetivos: utilizar toda la terminología técnico-jurídica precisa para su estudio con absoluta precisión, y explicar el sentido de los términos canónicos más usados -divorcio, impedimento, afinidad, dispensa, derecho divino y eclesiástico, nulidad, disolución, etc.- en la conciencia de que el libro no va destinado a juristas, sino a historiadores, y de que es preciso evitar cualquier error o equívoco nacido de una imperfecta comprensión de los términos del problema.

Muy particularmente se advierte esta preocupación en el apartado de Le Gal que comenzamos a exponer, dedicado como hemos indicado a presentar a los lectores el doble aspecto del problema que planteó Enrique VIII: el caso canónico y el exegético.

En los párrafos que introducen este análisis, Le Gal señala que toda demanda de nulidad de un matrimonio plantea un problema canónico, y que sin duda éste existió en la unión del Rey inglés con la viuda de su hermano. El impedimento de afinidad existía evidentemente, y su dispensa por el Papa se operó en circunstancias complicadas, lo que unido al hecho de que la doctrina canonística al respecto distaba de ser clara y uniforme en aquel tiempo, nos permite aceptar que la «grande affaire du Roi» no resultaba una cuestión artificial ni desprovista de sentido.

El monarca utilizará dos argumentos en favor de la nulidad: primeramente atacó la validez de la dispensa, viciada según él por diferentes elementos de hecho. Cuando cayó

en desgracia Wolsey, su canciller defensor de esa línea de acción -desgracia ligada en parte a la convicción real de que esa línea había fracasado y no obtendría de Roma un reconocimiento de los vicios achacados a la dispensa-, Enrique VIII se lanzó en la nueva dirección de negar competencia al Papa para dispensar la afinidad en primer grado colateral. Será este paso de una a otra postura lo que significó llevar la discusión del terreno jurídico al exegético y teológico, de -como hemos dejado dicho- un error *de facto* de un Papa a la discusión de sus poderes en la materia.

Al ocuparse del primer punto, la validez de la dispensa, Le Gal analiza uno por uno todos los argumentos que el Rey alegó en su favor; tal análisis le conduce a la convicción de que ninguno de ellos resultaba definitivo, por lo que Enrique VIII se hubo finalmente de convencer de la inutilidad de esta vía y pasar a la siguiente. El autor ha redactado esta parte con un detallismo muy preciso en el uso de las fuentes y en la acumulación de información histórica.

Pasa luego Le Gal al punto segundo, la posibilidad de que el impedimento de afinidad sea de Derecho divino, y por tanto no susceptible de dispensa papal. La base sería un texto del Levítico (20, 21): «El que toma por esposa la mujer de su hermano comete una impureza; ha descubierto la desnudez de su hermano; no tendrán hijos».

La doctrina medieval había discutido largamente sobre estas palabras, cuyo sentido no resulta tan claro o categórico como para afirmar con base en ellas que el matrimonio con la viuda del hermano esté prohibido por el Derecho divino; y la cuestión exegética se complicaba ante las siguientes palabras del Deuteronomio (25, 5): «Si dos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin hijos, la mujer del difunto no se casará fuera con un extraño. Su cuñado irá a ella y cumpliendo sus deberes de cuñado la tomará por mujer».

Si del primer texto cabría interpretar una prohibición divina del matrimonio entre cuñados, el segundo supondría incluso una obligación de celebrar tal matrimonio en un caso particular, y ese caso era precisamente el del rey Enrique VIII, cuyo hermano había muerto sin hijos viviendo ambos juntos y ligando a ambos la necesidad de dotar de un heredero a la familia real. Por otro lado, precisamente la falta de ese heredero varón -ya que Catalina no habría darlo al rey- aparecía ante los ojos de Enrique como el cumplimiento de la maldición del Levítico («no tendrán hijos») y constituía una base para la convicción de que su matrimonio había caído de lleno bajo el texto condenatorio del Libro sacro.

Le Gal expone y estudia tan compleja cuestión, con abundantes referencias a las divergencias doctrinales del Medievo, que distaban mucho de resolver el interrogante. Sin embargo, se cuida de observar que la opinión mayoritaria de la doctrina clásica era contraria al monarca, quien pudo encontrar muy pocos teólogos medievales que se inclinaban resueltamente por el carácter de Derecho divino del impedimento y por la no aplicación al caso del rey de la excepción del Deuteronomio. Y aún añade el autor una información muy útil: los casos en que los Sumos Pontífices habían autorizado matrimonio entre cuñados, mediante dispensas lo bastante numerosas como para que acusarlas a todas de abuso del poder papal significase entonces crear una duda sobre la autoridad suprema del Papa en un momento histórico particularmente inadecuado para ello.

Como escribe Le Gal, un error sobre los hechos no ponía en peligro la apreciación sobre la autoridad y la infalibilidad pontificias, pero un error sobre el derecho podía fácilmente comprometer las opiniones en este sentido. Ahora bien -añade el autor-, Enrique se situó decididamente en el camino del error de derecho, y tal elección -dejando de lado su falta de base doctrinal- resultaba además diplomáticamente muy desgraciada en el momento en que se produjo.

Desde aquí, fácilmente pasa el autor a someter a crítica la buena fe del rey. Apoyándose en abundante documentación, y mediante una análisis que no descuida ningún dato, Le Gal subraya la dificultad de la cuestión y afirma que, si bien los argumentos invocados por el rey no parecen decisivos y desde luego no estaban a la altura de las refutaciones que se le hicieron, hay que reconocer que los escrúpulos del monarca no carecían de un fundamento real, tanto más que la política dilatoria de Clemente VIII no ayudó precisamente a clarificar las opiniones ni a resolver el problema, dando lugar a que se crease un confusionismo del que la Santa Sede no puede ser declarada del todo inocente.

Para el autor, parece posible aceptar la buena fe del rey al menos hasta 1530, mientras mantiene la primera línea de acción. Enrique deseaba la nulidad de su unión con Catalina a la búsqueda de un sucesor varón, y este deseo resultaba perfectamente comprensible en su época. Pero hay que atemperar ese reconocimiento de la buena fe regia, siempre según Le Gal, recordando que cuando el monarca pide la nulidad para contraer matrimonio con Ana Bolena, ya ha sido amante de María Bolena, su hermana, entre 1522 y 1525, y el rey no puede ignorar que también nacía, para el derecho canónico medieval, el impedimento de afinidad de la cópula ilícita (actual impedimento de pública honestidad), igualmente con fundamento en un texto del Levítico. Se trata -subraya el autor- de una situación estrictamente paralela a la que existía entre Catalina y Enrique, de modo que éste utilizaba el valor indeclinable del impedimento para apoyar su demanda de nulidad de su matrimonio y prescindía del mismo cuando se trataba de casarse con Ana. No escapó a Reginaldo Pole esta paradoja, y el ilustre prelado católico, perteneciente como se sabe a la más alta nobleza inglesa, lo hizo notar así el monarca. Tal duplicidad arroja según Le Gal una grave duda sobre las objeciones de conciencia del rey, si no desde un primer momento, al menos desde que a partir de 1530 tal cuestión sale a la luz y el tema es analizado desde los puntos de vista exegéticos. Es a partir de esa fecha, por lo demás, cuando el rey pone en marcha las consultas a teólogos y universidades, hecho en el que se entremezclan factores doctrinales, científicos y políticos, del que se origina un mucho mayor confusionismo, y a partir del cual momento Enrique VIII se ve arrastrado a actos y polémicas que concluirán en las determinaciones cismáticas y heréticas de todos conocidas. Para Le Gal, el rey, que además se pretendía teólogo como sabemos, llega a cegarse en el desarrollo de su combatividad, alentada por los juicios favorables que le llegan de no pocas universidades, hasta mezclarse la posible y aún clara mala fe con la ceguera y convertirse en el causante y la primera víctima de sus actos.

Las conclusiones del autor son éstas: el rey tenía que buscar un heredero varón, y este propósito se veía alentado por todo el ambiente, incluso eclesial, de su época, has-

ta el punto de que la legislación de la Iglesia trataba de facilitar, especialmente a los príncipes, tal objetivo, de lo que el medievo ofrece sobrados ejemplos. El límite a tal política provenía del principio, fuertemente mantenido también por la Iglesia, de la unidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial. Tal límite, realmente estrecho en el caso presente, llevó a Enrique a buscar todos los posibles fallos del principio, en el sentido de líneas débiles por las que pudiera abrirse paso su pretensión, a la que se suma su pasión por la amante frente a la esposa. En la búsqueda de sutilidades que rompiesen en su favor la barrera de la indisolubilidad, el rey perdió de vista la significación «ad salutem» del derecho canónico y de la teología que lo soporta, y se atuvo a la letra olvidando el espíritu. Así, sus actos perdieron su inspiración cristiana, primer paso para situarse fuera de la catolicidad.

Para Le Gal, Enrique VIII fue aconsejado equivocadamente tanto en el plano de la técnica jurídica como en el de la interpretación bíblica, y se separó de la doctrina mayoritaria siguiendo sus propios intereses. El autor subraya en particular la transcendencia del parecer emitido por Francisco de Vitoria, quien, tomando lo esencial de las conclusiones al propósito del cardenal Cayetano, afirmó definitivamente el pensamiento de la Iglesia sobre ambos puntos discutidos, canónico y teológico. Las universidades que en cambio, incluso en alto número, apoyaron al rey, lo hicieron según Le Gal, así como los doctores, para complacer a un príncipe al que empujaron hacia un camino sin salida.

No pasa inadvertido a Le Gal que la protesta del Enrique de catorce años, en la víspera de su matrimonio, contra una unión que no nacía de su voluntad, serviría hoy con toda probabilidad para declararla nula por falta de consentimiento. Pero tratar de aplicar tal criterio de nuestro tiempo al caso de Enrique VIII significaría desconocer la época en que los acontecimientos tuvieron lugar y olvidar que por tal capítulo nadie hubiese tomado en cuenta entonces la posibilidad de una acción de nulidad. Tan es así que ni al monarca ni a nadie le pasó entonces por la imaginación una posibilidad semejante.

Para el autor, el asunto entero resultó sumamente desgraciado y confuso, en buena parte por la propia confusión que reinaba en la doctrina canónica y teológica sobre el tema. Lo que le lleva a concluir que una consecuencia feliz del mismo fue el obligar a los autores a reflexionar sobre la cuestión, y en especial sobre el sacramento del matrimonio, para alcanzar las brillantes conclusiones de Mair y Vitoria, que tanto contribuyeron en este campo al desarrollo de la reflexión cristiana.

Guy Bedouelle incluye seguidamente un apartado sobre *Le recours aux Universités et ses implications*. En nueve páginas, tan cuidadosas como las anteriores, el autor señala el origen de la idea de la consulta, que aparece históricamente como un apoyo más fácil y eficaz para las pretensiones reales. Los resultados de la consulta, aunque explotados a fondo como medio de propaganda, son calificados por el autor de mediocres. Y además dieron origen a contraopiniones de igual modo buscadas por Catalina y su sobrino el Emperador, de modo que los centros del saber de la época resultaron bastantes influenciables por los príncipes, y de sus dictámenes se atreve a afirmar Bedouelle: *cujus regio ejus opinio*. Acusaciones incluso de compra de los pareceres doctores y universitarios no faltaron en la época, sobre todo en contra de Enrique VIII. Este

procuró obtener los mejores resultados de los pareceres favorables, que incluso hizo imprimir. Piénsese -recuerda Bedouelle- por otro lado que era habitual esa práctica de recurrir al magisterio de los doctos, que constituían un cuasi-magisterio, hasta el punto de que Erasmo había recomendado someter el caso de Lutero al juicio de los sabios. Las controversias entre doctores fueron muy frecuentes, antes y entonces, y en particular en relación con el nacimiento del luteranismo, y el propio Emperador fomentó la vía de los coloquios interconfesionales como una alternativa al Concilio hacia 1540. A la Universidad de París se le reconocía por lo demás una autoridad doctrinal que sobrepasaba al reino de Francia, y precisamente tal Universidad apoyó a Enrique VIII (la Facultad de Derecho, y en el caso de la de Teología por una mayoría mínima), junto con las de Oxford, Cambridge, Orleans, Bourges, Tolosa, Bolonia, Padua, Ferrara, mientras las universidades imperiales de Lovaina, Salamanca, Alcalá, sostenían a Catalina, mientras que la universidad protestante de Marbourg apoyaba, desde fundamentos y puntos de vista totalmente propios, la validez del matrimonio. Pero junto a las razones políticas evidentes que deciden tales actitudes, no debe desconocerse que París era capital doctrinal de conciliarismo en aquellos momentos, y que su opinión podía también obedecer a una peculiar concepción del magisterio en la Iglesia. Es en este complicado contexto donde los textos de universidades y doctores deben ser analizados hoy para su recta comprensión histórica.

Así lo hacen, a partir de aquí, los restantes colaboradores del volumen. Páginas atrás dimos la relación de artículos, que recogen el parecer de cada universidad y de cada doctor y lo comentan. En esta aportación, como asimismo dejamos dichos líneas arriba, radica el principal interés y valor del volumen. La parte del mismo que hemos analizado es realmente algo introductorio, sabido pero oportunamente traído a colación para dar entrada a la serie utilísima de pareceres que los archivos nos han conservado, y que cada autor de los correspondientes apartados somete a una presentación histórica y un análisis crítico. Si este trabajo de los colaboradores del volumen es importante, fundamental es la aportación de los textos mismos que comentan, pues en ellos encontrará el estudioso la fuente para sus personales análisis, abriéndose así el camino, con este volumen, para una profundización todo lo honda que se desee en el siempre discutido y apasionante origen de la Iglesia anglicana y su separación de Roma.

ALBERTO DE LA HERA

José Luis GONZALEZ NOVALIN, *Las Visitas «ad limina» de los Obispos de Oviedo (1585-1901). Una fuente eclesiástica para la historia de Asturias*, Instituto de Estudios Asturianos del Patronato José M^a Quadrado (C.S.I.C.), Oviedo 1986.

La obra, que viene a engrosar el extenso elenco de publicaciones del IDEA (Instituto de Estudios Asturianos), recoge el discurso de ingreso de su autor en la pres-